

Escuela Dominical

Aprendiendo A Ser Como Cristo

LECCIÓN 54

UN ESTUDIO DE LA VIDA DE CRISTO PARA APRENDER A SER COMO ÉL

40. CUATRO TESTIMONIOS DE JESÚS COMO HIJO DE DIOS – JN. 5:31-47.

D. El Testimonio de las Escrituras (5:39-47).

“Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna” (5:39). Aquí el Señor Jesús dice a los judíos que escudriñen las Escrituras para que puedan verdaderamente darse cuenta de que ellas dan testimonio de Él. Es como si les dijese: “Examínenlas y familiarícense realmente con su contenido; y descubriréis que testifican clara y distintamente de Mí. Si deseáis conocer el testimonio de Dios Padre sobre Mí, escudriñad las Escrituras”. La palabra traducida “Escudriñar” significa “buscar minuciosa y diligentemente”. Jesús la uso intencionalmente para mostrar que los judíos no deberían contentarse con la mera lectura.

Cristo no les dice “leer”, sino “escudriñar” o “buscar”. Las verdades acerca de Sí mismo en las Escrituras requerían gran atención y les ordena que ahora cavén con cuidado, para que puedan discernir lo que había en las profundidades de ellas. Estos dichos no estaban en la superficie, ni fueron arrojados a la vista, sino que yacían como algún tesoro escondido muy profundo.

La palabra “vosotros” debe tomarse enfáticamente, como en el versículo 33. “Pensar” no implica que fuera un punto dudoso o mera cuestión de opinión. Es más bien: “Vosotros mismos pensáis, y pensáis correctamente –uno de los dogmas de vuestra fe – que tenéis en las Escrituras el camino a la vida eterna”.

Cabe señalar que muchos cristianos se encuentran en el mismo estado de los judíos aquí descritos. Como ellos, “piensan” y lo tienen como dogma de su credo de que “tienen vida eterna en las Escrituras”. Pero como los judíos, nunca leen, marcan, aprenden y digieren interiormente lo que las Escrituras contienen.

Por otro lado, algunos entienden que el Señor está sencillamente declarando el hecho que los judíos escudriñan las Escrituras pensando que tan solo este hecho les da la vida eterna. No se daban cuenta de que las Escrituras, al anunciar el Mesías venidero, estaban en realidad hablándoles de Jesús. Es terrible pensar que los hombres, con las Escrituras en sus manos, pudiesen ser tan ciegos. Pero era aún más injustificable que después que el Señor Jesús les hablase de esta manera, siguiesen rehusando aceptarlo. El solo hecho de tener, leer y escudriñar las Escrituras no garantiza la verdad, si nuestro corazón rechaza el tema principal de las mismas que es la persona de Jesús como Dios mismo.

“Y ellas son las que dan testimonio de mí” (5:39). Esto significa que el principal tema del Antiguo Testamento era la persona y la venida de Cristo. Si alguien se pierde esto en su estudio del Antiguo Testamento, se pierde la parte más importante del mismo. Esta frase es una declaración fuerte y de peso en relación con el valor de las Escrituras del Antiguo Testamento. Era a ellas, por supuesto, a las que se refirió nuestro Señor cuando dijo: *“ellas son las que dan testimonio de mí”*. En profecías directas, en promesas, y en tipología de personas y ceremonias, las Escrituras del Antiguo Testamento testifican de Cristo en todo momento. Las leemos con muy poco propósito si no discernimos esto.

A través de esta declaración el Señor otorga al Antiguo Testamento un alto honor, y respalda claramente el canon judío de los escritos inspirados. Los escritores modernos que se esfuerzan por despreciarlos y desprestigiarlos muestran muy poco de la mente de Cristo. Mucha infidelidad comienza con un desprecio ignorante del Antiguo Testamento. Veamos entonces cuán claro deber es leer y escudriñar las Escrituras. Ninguna persona tiene derecho a esperar luz espiritual si descuida el gran tesoro de toda la luz. Si del Antiguo Testamento nuestro Señor dijo “Escudriñadlas porque dan testimonio de Mí”, ¡cuánto más es un deber escudriñar toda la Biblia!

El descuido de la Biblia es el secreto del porqué un ignorante cristianismo formal es tan frecuente en estos últimos días. La bendición de Dios sobre los judíos de Berea fue el resultado de su corazón sincero en escudriñar diligentemente, en las Escrituras, lo que los apóstoles les enseñaron (Hechos 17:11).

“Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (5:40). A pesar del claro testimonio de las Escrituras, el hombre no quiere venir a Cristo para tener vida. No hay nada en el Señor Jesús que haga imposible confiar en Él. La verdadera razón reside en la propia voluntad del hombre. El hombre ama sus pecados más que al Salvador. No quiere abandonar sus malvados caminos.

Estas palabras deberían quedar grabadas en nuestros recuerdos y atesoradas en nuestras mentes. Es la resistencia de la voluntad del hombre a la atracción de Dios para venir a Cristo, es decir, una falta de voluntad para rendirse y llegar a Cristo para la salvación lo que finalmente ha de excluir a muchos del cielo. No son los pecados de los hombres. Todo tipo de pecado puede ser perdonado. No es el decreto de Dios que determina a unos para salvación y a otros para condenación. En la Biblia no se nos habla de nadie a quien Dios haya creado para ser destruido. No hay límite alguno en la obra redentora de Cristo que no pueda incluir a todos en la salvación. Cristo ha pagado un precio suficiente por toda la humanidad. Es algo mucho más que esto. Es la falta de voluntad del hombre para venir a Cristo, arrepentirse y creer. Ya sea por orgullo, pereza, amor al pecado, o amor al mundo, la mayoría no tiene mente, ni deseo, ni corazón, ni anhelo de buscar la vida en Cristo.

“Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo” (1 Jn. 5:11). Pero los hombres están quietos, y no moverán manos ni pies para obtener vida. Y esta es la razón por la que muchos de los perdidos no son salvos. Esta es una verdad dolorosa y solemne. Contiene un primer principio de la teología cristiana. Miles, en cada época, están constantemente trabajando para echar la culpa de su condición hacia algo fuera de ellos mismos. Hablan de su incapacidad para cambiar; te dicen complacientemente que no pueden evitar ser lo que son. Ellos saben, innegablemente, que están equivocados, ¡pero no pueden ser diferentes! Y no lo serán. Tales argumentos no resistirán la prueba de la Palabra de Cristo que tenemos ante nosotros. Los inconversos son lo que son porque se aferran a su propia voluntad. ***“Y ésta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”*** (Jn. 3:19.) Las palabras del Señor Jesús silenciarán a muchos: ***“¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!”*** (Mt. 23:37b).

“Mas yo os conozco, que no tenéis amor de Dios en vosotros” (Jn. 5:42). El rechazo del hombre de recibir al Hijo de Dios se describe aquí al mencionar su misma fuente: Estos hombres no tenían amor de Dios en sí mismos, es decir, se amaban a sí mismos más que a Dios. Si hubiesen amado a Dios, habrían recibido a Aquel a quien Dios había enviado. Al rechazar al Señor Jesús, mostraban su absoluta falta de amor para con Su Padre.

¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único? (Jn. 5:44).

Esta es otra causa principal de la incredulidad. Cristo les dice que no son honestos en su religión. Con todo su aparente deseo de escuchar y aprender, se preocupaban más, en realidad, por agradar al hombre en lugar de Dios. En esta condición nunca podrían creer. La verdadera fe no depende sólo del estado de la cabeza y del entendimiento del hombre, sino del estado de su corazón. Su mente puede estar convencida. Su conciencia puede ser traspasada. Pero mientras haya cualquier cosa que el hombre ame en secreto más que a Dios, no habrá verdadera fe. El hombre mismo puede quedar desconcertado y preguntarse por qué no cree. No ve que es como un niño sentado sobre la tapa de su caja y deseando abrirla, pero sin considerar que su propio peso la mantiene cerrada. El hombre debe asegurarse de desear, honesta y realmente, primero la gloria de Dios y no su propia gloria. Es la falta de un corazón honesto lo que hace que muchos se aferren a su religión falsa todos sus días y mueran finalmente sin paz. Aquellos que escuchan, aprueban y están de acuerdo con las Escrituras, pero no hacen algún progreso y no pueden aferrarse a Cristo, deberían preguntarse esta simple pregunta: *¿Soy honesto? ¿Soy sincero? ¿Realmente deseo primero la gloria de Dios?*

El Señor no era quien iba a acusar a estos judíos ante el Padre, porque los escritos de Moisés serían suficientes para acusarlos (5:45). Se enorgullecían mucho de la ley (Pentateuco), pero no obedecían las palabras de Moisés. En Deut. 18:15, 18 Moisés predijo la venida de Cristo, y dijo al pueblo judío que le escuchasen y obedeciesen cuando se presentase. Ahora se había presentado el Señor Jesús, pero los judíos habían rehusado recibirle. Jesús ponía los escritos de Moisés al mismo nivel de autoridad que Sus propias palabras, por eso dijo que Moisés los acusaría al Padre, porque pretendían creer en Moisés, y en cambio no hacían lo que Moisés había mandado (5:46-47). **MEMORIZAR: Juan 5:39.**